

COMO GUSTÉIS

COMO GUSTÉIS

PERSONAJES

EL DUQUE, <i>desterrado.</i>	DON OLIVERIO DEGÜELLATEXTOS, <i>cura párroco.</i>
FEDERICO, <i>su hermano y usurpador de sus Estados.</i>	CORINO } <i>pastores.</i>
AMIENS } <i>nobles del séquito</i>	y SILVIO, }
y JAQUES, } <i>del duque desterrado.</i>	BLAS, <i>labrador, amante de Tomasa.</i>
LE BEAU, <i>cortesano al servicio de Federico.</i>	<i>Una persona que representa a Himeneo.</i>
CARLOS, <i>luchador de Federico.</i>	ROSALINDA, <i>hija del duque desterrado.</i>
OLIVERIO, } <i>hijos de</i>	CELIA, <i>hija de Federico.</i>
JACOBO } <i>Sir Roldán de Boys.</i>	FEBE, <i>pastora.</i>
y ORLANDO, }	TOMASA, <i>labradora.</i>
ADÁN } <i>criados de Oliverio.</i>	
y DENNIS, }	

PIEDRADETOQUE, *bufón.*

NOBLES, PAJES y ACOMPAÑAMIENTO, ETC.

Escena: En el huerto de la casa de Oliverio; la corte de Federico, y la selva de Ardenas.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El huerto de la casa de Oliverio.

(Entran ORLANDO y ADÁN.)

ORLANDO.

SI NO ME ACUERDO MAL, Adán, fué de este modo: me dejó en su testamento nada más que la miseria de mil coronas, y como tú dices, encargó a mi hermano, por su bendición, que me educase con esmero; y aquí es donde

empiezan mis desdichas. Mantiene en la escuela a mi hermano Jacobo, y la fama cuenta maravillas de su aprovechamiento. En cuanto a mí, me cría a lo rústico en casa, o por mejor decir, me tiene en casa sin criar: pues ¿podrá llamarse crianza digna de un gentilhombre de mi alcurnia la que no difiere del trato que se da a un buey? Mejor se crían sus caballos; pues, además del buen pienso que los pone lucíos, se les enseña y adiestra, a cuyo efecto gasta grandes sumas en picadores. En cambio, yo, su hermano, nada adquiero bajo su tutela sino estatura, por lo cual tanto tienen que agradecerle las bestias que yacen en sus estercoleros como yo. Además de esta nada, que tan pródigamente me reparte, no parece sino que me arrebatara con su comportamiento lo poco que me dió naturaleza: me hace comer con sus siervos, me niega el puesto de hermano, y pone de su parte cuanto puede a fin de socavar mi innata nobleza con mi crianza. Esto es, Adán, lo que me da pena; y el espíritu de mi padre que en mí anida, según creo, empieza a rebelarse contra esta servidumbre. No lo aguanto por más tiempo; aunque no sé todavía de qué astuto medio valerme para sacudir su yugo.

ADÁN.— Allí viene mi amo, vuestro hermano.

ORLANDO.— Retírate a un lado, Adán, y verás con qué aspereza me trata. (*Entra OLIVERIO.*)

OLIVERIO.— ¡Hola, galán!, ¿qué hacéis aquí?

ORLANDO.— Nada. No me enseñan a hacer nada.

OLIVERIO.— Pues entonces, ¿qué es lo que estáis echando a perder?

ORLANDO.— A fe, señor, os estoy ayudando a echar a perder a una hechura de Dios, a un pobre hermano vuestro, aunque indigno, con holgazanear.

OLIVERIO.— ¡Eal, buscad mejor ocupación, y callad de una vez.

ORLANDO.— ¿Queréis que guarde vuestros puercos y coma hollejos con ellos? ¿Qué herencia de hijo pródigo he derrochado yo para verme en tal miseria?

OLIVERIO.— ¿Sabéis dónde estáis?

ORLANDO.— Sí, señor, perfectamente; aquí en vuestro huerto.

OLIVERIO.— ¿Sabéis delante de quién estáis?

ORLANDO.— Sí tal, mejor de lo que me conoce aquel en cuya presencia estoy. Sé que sois mi hermano mayor, y por el vínculo de parentesco que nos une, debierais reconocerme en igual modo. El fuero de las naciones os hace superior a mí, porque sois el primogénito; pero ese mismo fuero no es parte a arrebatarme los derechos vinculados en mi sangre, no, aun cuando hubiera veinte hermanos entre nosotros: tanta parte de mi padre hay en mí como en vos; aunque confieso que, habiendo nacido antes que yo, os halláis más inmediato al respeto debido a su persona.

OLIVERIO.— ¿Cómo, rapaz?

ORLANDO.— Vamos, vamos, hermano mayor, sois muy mozo para eso.

OLIVERIO.— ¡Cómo! ¿Me vas a pegar, villano?

ORLANDO.— No soy villano: soy el hijo menor de Sir Roldán de Boys: él fué mi padre, y quien se atreva a decir que semejante padre engendró villanos, es él mismo tres veces villano. Si no fueras mi hermano, no te soltara el cuello con esta mano, hasta arrancarte la lengua con esta otra por haber pronunciado esa palabra. Te ofendes a ti mismo.

ADÁN.— Amos míos, calmaos: por la memoria de vuestro padre, poneos de acuerdo.

OLIVERIO.— Suéltame, te digo.

ORLANDO.— Lo haré cuando me plazca. Me oiréis. Mi padre os encargó en su testamento que me dieseis esmerada educación; me habéis criado como un rústico, encubriendo y ocultando de mi vista todas las prendas que deben adornar a un caballero. El espíritu de mi padre se subleva en mí, y no lo aguanto más. Por lo tanto, permitid que me entregue a ejercicios dignos de mi noble cuna, o dadme el escaso haber que mi padre me legó en su testamento, y con ello me iré a probar fortuna.

OLIVERIO.— ¿Y qué vas a hacer? ¿Pedir limosna cuando

eso se te acabe? Bien, idos adentro; no viviréis mucho tiempo más a costa mía: en parte conseguiréis vuestro deseo. Pero, soltadme, os ruego.

ORLANDO.— No os quiero molestar más de lo que exija mi interés.

OLIVERIO.— Lárgate con él, perro viejo.

ADÁN.— ¿"Perro viejo"? ¿Es ésta la recompensa que me dais? Es muy cierto: en el servicio vuestro se me han caído los dientes. ¡Bien haya mi pobre amor! Él no me hubiera dicho semejante expresión. (*Vanse ORLANDO y ADÁN.*)

OLIVERIO.— ¡Hola!, ¿ésas tenemos? ¿Empiezan ya a subírseme a las barbas? Ya te meteré yo en cintura; pero lo que es las mil coronas, tampoco las catarás. ¡Hola, Dennis! (*Entra DENNIS.*)

DENNIS.— ¿Llamaba vuestra merced?

OLIVERIO.— ¿No me quería hablar Carlos, el luchador del duque?

DENNIS.— Si os place; está allá fuera, y pide licencia para entrar.

OLIVERIO.— Que entre. (*Vase DENNIS.*) Buen medio es; y mañana es la lucha. (*Entra CARLOS.*)

CARLOS.— Tenga vuestra merced muy buenos días.

OLIVERIO.— ¡Ah, mi buen Carlos!, ¿qué nuevas hay en la nueva corte?

CARLOS.— No hay en la corte más nuevas que las antiguas, señor; a saber, que el viejo duque ha sido desterrado por su hermano, el nuevo duque; y tres o cuatro cortesanos fieles le han seguido en destierro voluntario, cuyas tierras y rentas enriquecen al nuevo duque; por lo cual les da de buen grado permiso para viajar.

OLIVERIO.— ¿Me podéis decir si Rosalinda, la hija del viejo duque, ha sido desterrada con su padre?

CARLOS.— Nada de eso; pues la hija del duque, su prima, la quiere tanto, habiéndose criado siempre juntas desde la cuna, que la hubiera seguido en su destierro, o hubiera muerto al quedar sin ella. Está en la corte, y su tío no la

quiere menos que a su propia hija. Nunca se quisieron dos mujeres como ellas se quieren.

OLIVERIO.— ¿Dónde irá a vivir el viejo duque?

CARLOS.— Dicen que está ya en la selva de Ardenas, y que hay con él mucha gente alegre, y viven allí como gitanos. Dicen que acuden a hacerle compañía todos los días muchos hijos de casas nobles, y que pasan el tiempo alegremente como en la Edad de Oro.

OLIVERIO.— Decid: ¿vais a luchar mañana delante del duque?

CARLOS.— Sí, señor; y vine con objeto de comunicaros cierto asunto. He sabido por vías indirectas que vuestro hermano menor, Orlando, está dispuesto a medir sus fuerzas conmigo, disfrazado. Hidalgo, la lucha de mañana es para mí cuestión de honor; y el que logre salir de mis manos sin un hueso roto, podrá darse por dichoso. Vuestro hermano es joven y blando, y por el afecto que os tengo, sentiría dejarle malparado, como será fuerza, aunque no fuere más que por salvar mi honra, si se presenta a luchar. Por cuya razón vine aquí movido por la amistad que os tengo, a fin de que le disuadáis de su intento, o de otra suerte, no toméis a mal cualquier desgracia que le pudiera acontecer, pues ya veis que él mismo va en busca de su daño, que no está en mi mano evitar.

OLIVERIO.— Carlos, te agradezco el afecto que me muestras, y que yo sabré retribuir cumplidamente, como ya verás. Yo mismo tuve noticia del propósito de mi hermano, y bajo cuerda he tratado de disuadirle; pero está resuelto. Dígame, Carlos, que es el rapaz más testarudo de toda Francia, lleno de ambición, emulador envidioso de las buenas prendas de los demás, y conspirador secreto y pérfido contra mí, su propio hermano. Por lo tanto, lo dejo enteramente a tu discreción; tanto gusto me darás con romperle la nuca como con romperle un dedo. Y... estáte alerta; pues si le humillas en lo más mínimo, o si él no se cubre de gloria a expensas tuyas, tratará de envenenarte, te tenderá algún lazo o te cogerá a traición, y no te dejará a sol ni a sombra hasta

que te haya quitado la vida de una manera o de otra; pues te aseguro, y te lo digo casi con lágrimas en los ojos, que no hay entre los vivientes ser tan joven y tan perverso. Te hablo de él, al fin, como hermano; pero si fuera a pintártelo así como es, tendría que ruborizarme y echarme a llorar, y tú tendrías que palidecer y asombrarte.

CARLOS.— Me alegro en el alma haber venido a veros. Si se presenta mañana, yo le ajustaré las cuentas. Como él vuelva a andar por sus pies, juro que no he de volver a luchar por más premios. Y con esto, Dios guarde a vuestra merced.

OLIVERIO.— Adiós, buen Carlos. (*Vase CARLOS.*) Ahora voy a aguijar a ese quimerista. Aún espero vivir hasta verle enterrado; pues mi alma, aunque no sé por qué, le odia más que a nada en este mundo. Sin embargo, es de índole apacible; nada instruido, y, sin embargo, ilustrado; lleno de nobles arranques; de todos querido con delirio; y en verdad le quiere tanto la gente, y sobre todo la gente mía, que es la que mejor le conoce, que soy completamente desestimado. Pero esto no ha de seguir así; este luchador lo arreglará todo. No falta más que aguijar al rapaz para que acuda a la lucha, y voy a ponerlo por obra al instante.

(*Vase.*)

ESCENA II

Una explanada delante del palacio ducal.

(*Entran CELIA y ROSALINDA.*)

CELIA.— Ruégote, Rosalinda, querida prima, que estés alegre.

ROSALINDA.— Querida Celia, manifiesto más alegría de la que siento, ¿y aun me quieres ver más alegre? Si no puedes enseñarme a olvidar a un padre desterrado, no debes exigir que acuda a mi imaginación placer alguno extraordinario.

CELIA.— Por lo cual veo que no me quieres con todo el ardor con que yo te quiero. Si mi tío, tu desterrado padre, hubiese desterrado a tu tío, el duque mi padre, con tal que te quedaras tú a mi lado hubiera podido enseñar a mi afecto a mirar a tu padre como mío; y lo mismo harías tú, si tu amor hacia mí fuera de temple tan sincero como el mío hacia ti.

ROSALINDA.— Pues bien, me olvidaré de la condición de mi propio estado para alegrarme del tuyo.

CELIA.— Ya sabes que mi padre no tiene más hijos que yo, ni es probable que los tenga; y a fe, cuando se muera, serás tú su heredera; pues lo que él quitó por fuerza a tu padre, yo te lo devolveré de buen grado; por mi honra que lo he de hacer; y si quebranto este juramento, véame yo transformada en monstruo. Por lo tanto, mi dulce Rosa, mi querida Rosa, estad alegre.

ROSALINDA.— En adelante lo estaré, prima, y no pensaré más que en diversiones. Veamos; ¿te parece bien que nos enamoremos?

CELIA.— ¡Brava idea! Hazlo, prima, enamórate por broma; pero no ames a hombre alguno de veras; ni en broma vayas más allá de cierto límite, no pasando del cual puedas, merced a un honesto sonrojo, retirarte libre y en salvo.

ROSALINDA.— ¿En qué nos divertiremos, pues?

CELIA.— Sentémonos, y ahuyentemos con burlas a la buena matrona Fortuna de su rueda, a fin de que en lo sucesivo reparta sus dones con más equidad.

ROSALINDA.— ¡Ojalá!, pues a menudo alcanza sus favores quien menos lo merece, y la pródiga ciega suele equivocarse más que en nada en galardonar a las mujeres.

CELIA.— Es cierto; pues a la que hace bella, raras veces la hace honrada, y a la que hace honrada suele hacerla muy fea.

ROSALINDA.— No tal, ahora confundes el oficio de la fortuna con el de la naturaleza; la fortuna ejerce su dominio

sobre los dones del mundo, no sobre los rasgos de la naturaleza. (*Entra PIEDRADETOQUE.*)

CELIA.— ¿No? Pues si la naturaleza hace a una criatura hermosa, ¿no puede la fortuna hacerla caer en el fuego? Por más que la naturaleza nos haya dado talento bastante para burlarnos de la fortuna, ¿no nos manda acaso la fortuna a este necio para que se acabe nuestra conversación?

ROSALINDA.— A fe que esta vez pudo más la fortuna que la naturaleza, cuando logra embotar el natural talento con un natural idiota.

CELIA.— Tal vez más que obra de la fortuna sea esto obra de la naturaleza, la cual, hallando nuestro natural talento harto torpe para argüir de tales diosas, nos manda a este mentecato para que nos sirva de aguzadera; pues siempre sirvió la torpeza del necio de aguzadera al discreto. ¡Holal, seor discreción, ¿adónde bueno camináis?

PIEDRADETOQUE.— Señora, os ha menester vuestro padre.

CELIA.— ¿Y sois vos su mensajero?

PIEDRADETOQUE.— No, por mi honor; pero me han dado orden de llamaros.

CELIA.— ¿De quién aprendiste ese juramento, bufón?

PIEDRADETOQUE.— De cierto caballero que juró por su honor que las tortas eran buenas, y por su honor juró que la mostaza era mala. Pues bien, yo sostengo que las tortas eran malas y que la mostaza era buena, y, no obstante, no juró en falso el caballero.

CELIA.— ¿Y cómo pruebas eso, gran pozo de ciencia?

ROSALINDA.— Vamos a ver, desenvaina tu agudeza.

PIEDRADETOQUE.— Dad un paso adelante las dos; pasaos las manos por las caras y jurad por esas barbas que soy un pícaro.

CELIA.— Por estas barbas, si las tuviésemos, que eres un pícaro.

PIEDRADETOQUE.— Por mi picardía, si la tuviese, que lo sería. Pero si juráis por lo que no existe, no juráis en falso, como tampoco juró en falso aquel caballero que juraba por su honor, pues no lo tuvo jamás, o si lo tuvo alguna

vez, se le había ido todo en juramentos antes de clavar los ojos en aquellas tortas y en aquella mostaza.

CELIA.— ¿A quién aludes, por acaso?

PIEDRADETOQUE.— A cierto caballero a quien quiere vuestro padre, el viejo Federico.

CELIA.— Basta que le quiera mi padre para que sea honrado. No hables de él. Todavía te han de azotar por maldiciente.

PIEDRADETOQUE.— Tanto peor, si no permiten a los bufones hablar con cordura de las locuras que cometen los cuerdos.

CELIA.— A fe mía, dices verdad; pues desde que pusieron freno al poco talento que adorna a los bufones, anda muy suelta la poca necedad que deslustra a los sabios. Aquí viene Monsieur Le Beau.

ROSALINDA.— Con la boca llena de nuevas.

CELIA.— Que nos comunicará como la paloma el sustento a su cría.

ROSALINDA.— En tal caso nos cebará de nuevas.

CELIA.— Mejor, así tendremos mejor precio en el mercado. (*Entra LE BEAU.*) *Bon jour*, Monsieur Le Beau, ¿qué hay de nuevo?

LE BEAU.— Hermosa princesa, habéis perdido una brava diversión.

CELIA.— ¿Diversión? ¿De qué color?

LE BEAU.— ¿De qué color? ¿Como he de contestaros a eso?

ROSALINDA.— Como os lo den a entender vuestro talento y la fortuna.

PIEDRADETOQUE.— O como el destino lo disponga.

CELIA.— Bien dicho. Eso es aplicárselo con trulla.

PIEDRADETOQUE.— Ya se ve, si no arrojó mi grano de sal...

ROSALINDA.— Pierdes tu antiguo sabor.

LE BEAU.— Me pasmáis, señoras. Yo os quería hablar de una famosa lucha, cuyo espectáculo habéis perdido.

ROSALINDA.— Contadnos cómo pasó.

LE BEAU.— Os contaré el principio, y si os place, podéis

ver el fin; pues aún falta lo mejor, y vienen hacia aquí a ejecutarlo.

ROSALINDA.— Sepamos el principio, que está ya muerto y enterrado.

LE BEAU.— Se presenta un anciano con sus tres hijos...

CELIA.— Sé yo de un cuento que empieza así.

LE BEAU.— Guapos mozos los tres, de estatura aventajada y forzudos...

ROSALINDA.— Con letreros al cuello: "Sepan todos los presentes..."

LE BEAU.— El mayor de los tres luchó con Carlos, el luchador del duque, el cual Carlos le derribó al suelo y le rompió tres costillas, de suerte que apenas le quedan esperanzas de vida; otro tanto hizo con el segundo y con el tercero. Allí quedaron, y el pobre anciano, su padre, prorrumpe en tales ayes sobre ellos, que todos los espectadores le hacen coro con su llanto.

ROSALINDA.— ¡Ay triste!

PIEDRADETOQUE.— Pero ¿qué diversión es la que han perdido las damas, Monsieur?

LE BEAU.— Pues la que os hablo.

PIEDRADETOQUE.— No hay como vivir para aprender. Es la primera vez en mi vida que oigo decir que el ver a la gente romperse las costillas sea diversión para damas.

CELIA.— Y yo te lo aseguro.

ROSALINDA.— Y ¿aún hay quien guste de que le toquen esa solfa en los costados? ¿Aún hay quien se desviva porque le hundan las costillas? ¿Presenciaremos esta lucha, prima?

LE BEAU.— Será forzoso si os quedáis aquí; pues éste es el lugar destinado para la lucha, y están prontos a ejecutarla.

CELIA.— Cierto; mira dónde vienen. Quedémonos y veámosla. (*Tocan clarines. Entran el duque FEDERICO, cortesanos, ORLANDO, CARLOS y pueblo.*)

FEDERICO.— Ea, pues; ya que el mancebo no quiere atender a razones, que escarmiente en cabeza propia.

ROSALINDA.— ¿Es aquél el osado?

LE BEAU.— Aquél es, señora.

CELIA.— ¡Ay!, es muy mozo! Sin embargo, tiene aire de vencedor.

FEDERICO.— ¿Qué es esto, hija y sobrina? ¿Os habéis deslizado hasta aquí para presenciar la lucha?

ROSALINDA.— Sí, gran señor, si benigno nos otorgáis permiso.

FEDERICO.— Tendréis poco gusto en ello, os aseguro; pues es muy desigual la pareja. Por lástima de los pocos años del desafiador quisiera disuadirle; pero no se deja aconsejar. Habladle vosotras, a ver si lográis moverle.

CELIA.— Decidle que se acerque, buen Monsieur Le Beau.

FEDERICO.— Hacedlo, yo me retiraré. (*Se aleja.*)

LE BEAU.— Señor desafiador, las princesas desean hablaros.

ORLANDO.— Espero humilde sus órdenes.

ROSALINDA.— ¿Mancebo, habéis retado a Carlos el luchador?

ORLANDO.— No, bella princesa; él es el desafiador universal: no hago sino presentarme, como otros muchos, a medir con él la robustez de mi juventud.

CELIA.— Buen mancebo, vuestro brío es harto temerario para vuestros pocos años. Ya habéis presenciado una prueba cruel de la fuerza de ese hombre. Si os vierais con nuestros ojos, o si os juzgarais según nuestro criterio, la desconfianza del éxito os aconsejaría menos atrevida empresa. Os rogamos, por vuestro propio bien, que penséis en el peligro a que os exponéis, y renunciéis a esta prueba.

ROSALINDA.— Hacedlo así, buen mancebo, que esto no ha de ser parte a mancillar vuestra reputación. Pediremos al duque que se suspenda la lucha.

ORLANDO.— Os suplico que no me castigue vuestro pensamiento con hacerme tan poco favor, aunque yo mismo me confieso culpable por negar cosa alguna a tan bellas y tan nobles damas. Sean en mi ayuda tan sólo en esta empresa vuestros hermosos ojos, y vuestros buenos deseos. Si en ella quedo vencido, se cubrirá de baldón uno que jamás mereció

honores; si muero, sucumbirá uno que otra cosa no desea; ningún daño haré a mis amigos, pues no tengo uno solo que me llore; ni agravio al mundo, pues nada en él poseo; ocupo tan sólo en el mundo un lugar que otro podrá llenar con más provecho cuando yo lo haya desocupado.

ROSALINDA.— Quisiera que fuera en vuestra ayuda la poca fuerza que tengo.

CELIA.— Y yo la mía para acrecentar la suya.

ROSALINDA.— El cielo os guarde. ¡Dios quiera que me equivoque en vos!

CELIA.— Que os salga todo a medida de vuestro deseo.

CARLOS.— ¡Eal, ¿dónde está ese joven valiente que tan deseoso se muestra de yacer con su madre tierra?

ORLANDO.— Pronto está, aunque son más modestos sus deseos.

FEDERICO.— No haréis más que una suerte.

CARLOS.— Esté tranquilo Vuestra Alteza; no será menester que le animéis para la segunda, vos que con tanto ahinco le habéis disuadido de la primera.

ORLANDO.— Si pensáis burlaros de mí después de la lucha, no debierais burlaros de mí antes de ella. Pero, vamos allá.

ROSALINDA.— ¡Hércules sea contigo, mancebo!

CELIA.— Quisiera ser invisible para asir de la pierna a ese forzado. (*Luchan.*)

ROSALINDA.— ¡Oh joven valiente!

CELIA.— Si despidieran rayos mis ojos, ya sé yo quién vendría al suelo. (*Cae CARLOS. Se oye un grito de alegría.*)

FEDERICO.— ¡No más! ¡No más!

ORLANDO.— Sí tal, os ruego, Alteza; aún no me he desahogado.

FEDERICO.— ¿Qué tal te sientes, Carlos?

LE BEAU.— No puede hablar, Alteza.

FEDERICO.— Lleváoslo. ¿Cómo os llamáis, mancebo?

ORLANDO.— Orlando, señor; soy el hijo menor de Sir Roldán de Boys.

FEDERICO.— Quisiera que hijo fueras de algún otro.
Tuvo a tu padre en alta estima el mundo;

Mas yo cual enemigo halléle siempre.
Más gusto en esta acción me hubieras dado
Si hubieras descendido de otra stirpe.
Mas Dios te guarde, que eres bravo mozo.
Quisiera que a otro padre me nombraras.

(*Vanse el duque FEDERICO, acompañamiento y LE BEAU.*)

CELIA.— A ser mi padre, ¿hiciera yo esto, prima?
ORLANDO.— Aunque el menor, de aquel Roldán pre-
Buén hijo ser; mi estado no trocara, [fiero
Aunque heredero me nombrase el duque.

ROSALINDA.— Quiso a Roldán mi padre con la vida,
Y todos opinaban cual mi padre.
A haber sabido yo que era hijo suyo,
No sólo ruego, lágrimas le diera,
Antes que permitir que de esa suerte
Se aventurara.

CELIA.— Ven, querida prima,
A darle gracias, y a infundirle brío.
El corazón me parte de mi padre
La ruda condición, de envidia llena.
Llor merecéis, galán; si como amante
Cumplís vuestras promesas tan fielmente
Como cumplisteis con exceso cuanto
De vos nos prometimos, vuestra amada
Feliz podrá llamarse.

ROSALINDA.— Caballero,

(*Dándole una cadena que se quita del cuello.*)

Ceñidla al cuello cual recuerdo mío;
Una infeliz reñida con la suerte
Que más os diera a no faltarle medios.
Vámonos, prima.

CELIA.— Hidalgo, Dios os guarde.
ORLANDO.— ¿Ni aun gracias puedo daros? Tengo el
[alma

ROSALINDA. Rendida a vuestros pies: me habéis trocado
En mármol yerto, en tronco sin sentido.
¿Nos llama? Sí. Preguntaré qué quiere:
Con mi fortuna se rindió mi orgullo.
Hidalgo, ¿nos llamabais por ventura?
Luchasteis con valor, y habéis vencido
No sólo al adversario.

CELIA. Vamos, prima.
ROSALINDA. Ya voy. Con Dios quedad.

(*Vanse ROSALINDA y CELIA.*)

ORLANDO. ¿Qué afecto ex-
Mi lengua traba con tan grave peso? [traño
Dióme ocasión de hablar, y hablar no
[pude.
¡Ay, pobre Orlando, derrotado fuiste!
Carlos o algo más débil te domina.

(*Entra LE BEAU.*)

LE BEAU. Hidalgo, os aconsejo como amigo
Que huyáis de aquí; que aun cuando
[merecisteis

ORLANDO. Aplauso, amor y distinguido premio,
Con todo, es tal la condición del duque,
Que da sentido avieso a cuanto hicisteis:
Es veleidoso asaz, y más conviene
Que imaginéis lo que es sin que os lo diga.
Os lo agradezco, hidalgo; y os suplico
Que me digáis cuál hija fué del duque
De las dos que la lucha presenciaron.

LE BEAU. Ninguna, si juzgáis por sus modales.
Pero, en efecto, la menor es su hija;
Del duque desterrado es hija la otra,
A quien por compañera de su Celia
Su tío usurpador aquí detiene.
Su mutuo amor excede el lazo estrecho

Del fraternal cariño, mas me consta
Que empieza ya a mirar con malos ojos
El fiero duque a su gentil sobrina,
Sin otro fundamento que el aplauso
Universal que su virtud alcanza
Y porque todos lástima le tienen
Por el amor del duque, su buen padre;
Y el odio que su pecho hacia ella abriga.
Estallará de pronto. Adiós, hidalgo;
Quisiera en otro mundo mejor que éste
Tener con vos más amistad y trato.
Os quedo agradecido. El cielo os guarde.

ORLANDO.

(*Vase LE BEAU.*)

Salgo del humo y caigo en la humareda;
Huyendo voy la saña de un tirano,
Y en brazos de otro doy, mi crudo hermano.
¡Mas Rosalinda, celestial criatura!

ESCENA III

Una sala del palacio.

(*Entran CELIA y ROSALINDA.*)

CELIA.— Pero, ¡prima! ¡Rosalinda! ¡Piedad, oh dios
Cupido! ¿Ni una palabra?

ROSALINDA.— Ni una para echársela a un perro.

CELIA.— No, tus palabras son harto preciosas para echar-
las a perros; échame algunas a mí; déjame baldada a fuerza
de razones.

ROSALINDA.— Habría entonces dos primas postradas: una
baldada con razones, y otra loca sin ninguna.

CELIA.— Pero ¿es todo por causa de tu padre?

ROSALINDA.— No, es en parte por causa de la hija de mi
padre. ¡Ay, y cuán sembrado de abrojos está el sendero de
esta mísera vida!

CELIA.— No son más que cadillos, prima, que te arrojaron en una hora de broma; si no caminamos por la senda trillada, hasta nuestras mismas faldas los irán recogiendo.

ROSALINDA.— Si colgaran de mi falda, pronto los sacudiría; es que los tengo clavados en el corazón.

CELIA.— Tose, a ver si los arrojas.

ROSALINDA.— Tosiera de veras, si con toser le pudiera atraer a mi lado.

CELIA.— Vamos, vamos, lucha con esa pasión.

ROSALINDA.— ¡Ayl, es que se pone de parte de un luchador más valiente que yo.

CELIA.— ¡Válgate el cielo! Ya vendrá día en que te midas con él, aunque te cueste una caída. Pero, dejando a un lado estas bromas, hablemos con formalidad. ¿Es posible que a primera vista te hayas prendado de tal modo del hijo menor del anciano Sir Roldán?

ROSALINDA.— El duque, mi padre, quiso con extremo a su padre.

CELIA.— ¿Y es una razón para que quieras tú con extremo a su hijo? Por ese camino, yo le debería odiar, pues mi padre odió con extremo a su padre; sin embargo, no odio a Orlando.

ROSALINDA.— No, por Dios, no le odies, por amor mío.

CELIA.— ¿Y por qué le he de odiar? ¿No es digno de aprecio?

ROSALINDA.— Quiérale yo por eso, y quíerele tú porque yo le quiero. Mira, aquí se acerca el duque.

CELIA.— Echando dagas por los ojos. *(Entran el duque FEDERICO y acompañamiento.)*

FEDERICO. Sobrina, sin demora, disponeos
A abandonar mi corte.

ROSALINDA. ¿Yo?

FEDERICO. Vos misma.

Si dentro de diez días te encontraren
A veinte millas de esta corte, mueres.

ROSALINDA. Permita Vuestra Alteza que me vaya
Sabiendo en qué falté. Si algún dominio

Sobre mí misma ejerzo, si conciencia
De mis acciones tengo, si no sueño,
Si no deliro —y de eso Dios me libre—,
Ni con el pensamiento no engendrado
Os ofendí jamás, mi noble tío.

FEDERICO. Siempre habla así el traidor: si con pa-
Lavar pudiera su nefando crimen, [labras
Tan inocente como el cielo fuera.
Saber te baste que de ti recelo.

ROSALINDA. Recelo en vos traición en mí no acusa.
Sepa yo en qué se funda tal sospecha.

FEDERICO. Hija eres de tu padre, y eso basta.

ROSALINDA. Tal era cuando el cetro le quitasteis;
Tal era cuando os plugo desterrarlo.
No; la traición, Alteza, no se hereda;
Y aun cuando con la sangre se heredara,
Eso ¿qué a mí? No fué traidor mi padre,
No hagáisme, Alteza, os ruego, la injusticia
De creer que es alevosa mi pobreza.

CELIA. Padre mío y señor, prestadme oído.

FEDERICO. Celia, por causa tuya aquí la tuve;
Si no, saliera errante con su padre.

CELIA. Entonces no os pedí que se quedara:
Bondad fué vuestra, y fué por vuestro
[gusto.

Para estimarla aún era niña entonces;
Mas ahora la conozco, y si es traidora,
Lo soy yo también: dormimos siempre
[juntas,

A un tiempo despertamos, estudiamos,
Jugamos y comimos juntas siempre,
Y cual de Juno los nevados cisnes,
Juntas fuimos doquier e inseparables.
Muy lista es para ti; su mansedumbre,
Y su silencio mismo y sufrimiento
Hablan al pueblo, que se apiada de ella,
Necia de ti, te roba hasta tu nombre:

FEDERICO.

Te juzgarán más bella y más virtuosa
No estando ella a tu lado; sella el labio:
Irrevocable y firme es mi sentencia
Que en ella recayó. Vaya al destierro.
CELIA. El mismo fallo, Alteza, en mí recaiga.
Vivir no puedo sino al lado de ella.
FEDERICO. ¡Necia! Disponte tú a partir, sobrina;
Pues si se cumple el plazo, y no te has ido.
Te juro por mi honor que, en cumpli-
De mi palabra sacrosanta, mueres. [miento

(Vanse el duque FEDERICO y acompañamiento.)

CELIA. ¿Dónde te irás, ¡ay!, pobre Rosalinda?
¿Quieres trocar de padre? ¡Ay! ¡Toma el
Mayor que mi tristeza no es la tuya. [mío!
Pero es mayor la causa.
ROSA LINDA. No, amor mío.
CELIA. ¡Anímate! ¿No sabes que mi padre
Me desterró también?
ROSA LINDA. No tal.
CELIA. ¿Qué dices?
¿Falto de amor tu pecho no te enseña
Que Rosalinda y Celia son la misma?
¿Nos han de desunir, mi prenda amada?
¿Nos han de separar? ¡Ah!, no lo esperes.
Puede buscar mi padre otra heredera.
Discurre, pues, conmigo en nuestra fuga:
Di, ¿qué hemos menester? ¿A dónde vamos?
No trates de cargar con todo el peso
De tu desdicha por dejarme libre.
¡Juro por ese cielo, que se anubla
Y palidece viendo nuestros males:
Di lo que quieras, partiré contigo!
Mas ¿dónde iremos?
ROSA LINDA. ¿Dónde? En busca
CELIA. De mi tío, de Ardenas a la selva.

ROSA LINDA. ¡Mas, ay, qué de peligros correremos!
¿Doncellas, y emprender tan largo viaje?
Provoca aun más que el oro la hermosura
Al robador.
CELIA. Me cubriré de harapos;
Me tizaré la cara; haz tú lo propio,
Y así, sin miedo alguno a los ladrones,
Podremos ir en paz.
ROSA LINDA. ¿Mejor no fuera,
Por ser yo de estatura más crecida
Que la vulgar, que me vistiese de hombre?
Ceñida al lado la flamante daga,
En la diestra el venablo —y aunque esconda
Flaqueza mujeril asaz mi pecho—,
El exterior será marcial, valiente,
Como el de tanto fanfarrón cobarde
Que con las apariencias miedo infunde.
CELIA. ¿Qué nombre te daré cuando hombre seas?
ROSA LINDA. El del paje de Jove nada menos.
¡Cuidado, pues!: me llamo Ganimedes.
Mas tú, ¿qué nombre tomarás?
CELIA. Alguno
Que cuadre bien a mi supuesto estado:
Celia no más, he de llamarme Aliena.
ROSA LINDA. ¿Y, prima, si sacásemos a hurto
Al bufón de la corte de tu padre,
No fuera para el viaje un gran alivio?
CELIA. ¿Quién, él? Irá conmigo al fin del mundo.
Que corra de mi cuenta. Vamos pronto,
Y recojamos joyas y dinero.
Discurre la hora y ocasión propicias
Para burlar pesquisas que en mí busca
Sin duda harán. Contentas, pues, partamos,
Que a libertad y no a destierro vamos.

(Vanse.)